

Horizontes filosóficos N° 5 – 2015

LA POSIBILIDAD DE EDIFICACIÓN¹⁴ O *BILDUNG* A PARTIR DE LA HERMENÉUTICA ANALÓGICA.

Remedios Álvarez Santos
Universidad Veracruzana

Resumen

Este artículo versa sobre mi preocupación en torno a la actual situación de las instituciones educativas y de los procesos de educación. Se hace una exposición de la crítica que lleva a cabo Nietzsche en 1872 respecto a este tópico, con lo cual se deja ver que los síntomas señalados por aquél continúan presentes en nuestra propia época. Propongo como una vía de solución la aplicación de la hermenéutica analógica como instrumento que coadyuve en las dinámicas de culturización. Con ella se tratará de mantener la guardia ante una educación autoritaria o la permisiva; así como ante actitudes pesimistas-apocalípticas o su opuesto, el optimismo ramplón que lleva a integrar todo.

Palabras clave: edificación, *bildung*, Nietzsche, Beuchot, hermenéutica analógica, cultura, opuestos.

Abstract

The analogical hermeneutics is an offer that one presents as a bridge to give response to a series of problems different fields of the knowledge. The education is one of them. I think that with the analogical hermeneutics we might tint the ends that they damage to our educational systems. We should construct paradigms that help to eradicate the permissiveness or the authoritarianism in the educational models; as well as the professionals' massive production which mission is the pure usefulness or productivity, provided that it destroys any authentic culture

Palabras clave: edification, *bildung*, Nietzsche, Beuchot, analog hermeneutics, culture, opposites.

Inicio este texto haciendo mención de la relevancia que al día de hoy ha alcanzado la hermenéutica analógica. Propuesta original

¹⁴ Utilizo el término “edificación” como sinónimo de *Bildung*, formación y educación. Para ello, tomo la definición de Rorty vertida en su célebre texto *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Cátedra, Madrid, pp. 325, 326.

del filósofo mexicano Mauricio Beuchot, quien preocupado por los antagonismos radicales dentro de diversas propuestas filosóficas, ofrece una alternativa interesante para poder matizar dichos antagonismos. Su aportación toma como punto de partida su amplio conocimiento de la historia de la filosofía, así como de las ramas de la filosofía, dejando ver que ninguna es superior a otra, algo que no es común en los propios espacios de las facultades de filosofía, donde desde que cursamos el primer semestre de la carrera se nos introyecta la preeminencia de alguna de sus ramas en detrimento de otras. Beuchot tiene claro que la medida y la inclusión, son elementos necesarios en el *ethos* del filósofo y la filósofa.

Así pues, la hermenéutica analógica da muestra de un pensamiento maduro que se ocupa no sólo de lo razonable, sino también de ese ámbito que tanto ha sido segregado por algunas corrientes filosóficas como es el de lo volitivo y lo sensitivo. Se trata de disolver la hegemonía de la razón pero también la de la voluntad: ni lo absolutamente racional ni lo absolutamente pulsional, más bien ambos. A partir de ello, se puede entender por qué la hermenéutica analógica ha permeado en las distintas esferas del conocimiento, sobre todo en lo que compete a algunas disciplinas dentro de las ciencias sociales y las humanidades. Aunque ya desde aquí es conveniente indicar que ni la hermenéutica en general, ni la hermenéutica analógica en particular, son postuladas como panacea. En ningún modo se piensan como marcos teóricos que resuelvan de manera contundente problemas de diversos órdenes, tal como aspiraba, por ejemplo, la filosofía analítica formalista. Son visiones que provienen de una ardua reflexión en torno a la historia del pensamiento; un aspecto más que marca la diferencia entre la analítica y la hermenéutica, pues se debe recordar que la primera se ha caracterizado, entre otras cosas, por un profundo desprecio hacia la historia [Conesa, F. y Nubiola, J., 2002: 40], misma que viene a fungir como plataforma de toda teoría y práctica hermenéutica.

En este trabajo, centro mi disertación en la sana relación que existe entre hermenéutica analógica y la educación. Dicha relación ya ha sido trabajada desde ángulos diversos, sin embargo, yo me abocaré concretamente en la vía que, desde mi perspectiva, representa la hermenéutica analógica para posibilitar y realizar la edificación o *Bildung*. Cabe señalar que la incorporación de aquélla se torna vinculante con otras disciplinas que, lejos de estar al margen de la filosofía, se presentan como necesarias para comprender y transformar los propios procesos de formación. De esta manera, se alcanza a ver que la propuesta de Beuchot escucha lo que tiene que decir la sociología, el derecho, la historia, la antropología, el psicoanálisis, la pedagogía y el arte en todas sus manifestaciones.

Desde luego que no es ajena a lo que la ciencia gesta¹⁵ y desarrolla, buscando comprender cómo es que ésta incide en el pensar y el actuar de los seres humanos, cuidándose siempre de no posicionarse bajo la égida de lo apocalíptico o, de lo integrado, aludiendo a la famosa obra de Umberto Eco [2012].

Otro filósofo que, de igual manera, da muestra de resistirse a la fijación entre lo apocalíptico o lo integrado es Nietzsche, a quien le preocupaba sobremanera el estado en el que se encontraban los métodos modernos de educación en su época, mismos que consideraba antinaturales [Nietzsche, 2010: 23]. Como resultado de ello, se dio a la tarea de dictar una serie de conferencias que hoy conocemos con el título *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, que data de 1872. Nietzsche señala dos modos de conducirse ante tal situación. Por un lado, los que habían optado por la soledad y la desesperanza, es decir, los apocalípticos y, por el otro, los integrados al presente, que veían con toda naturalidad que la educación se gestara dentro de los márgenes de la evidencia científica. Nietzsche no se conforma con describir el entorno del momento, sino que se arroja a proponer soluciones. Y aquí es donde se puede percibir la postura analógica de este filósofo, cuando habla del centro, donde se ubica él mismo como alguien que no puede mantenerse impasible ante el exangüe marco educativo de su presente. Si bien este centro no es permanente, al igual que la analogía, es el espacio propicio en el que yace el combatiente impulsado por la esperanza. Así pues, desde estas primeras líneas del aludido texto, se puede percibir lo que mueve a Nietzsche a emitir su incisiva crítica: un incómodo presente que detona su visionaria propuesta en el orden de la formación.

Desde luego, nosotros no envidiamos a quien se sienta completamente de acuerdo con este presente, y lo acepte como algo <<evidente>>, ni por esa fe ni por esa escandalosa palabra de moda -<<evidente>>; en cambio, quien haya llegado a un punto de vista opuesto, ya está desesperado, ya no tiene necesidad de combatir y, apenas se entregue a la soledad, estará con toda seguridad solo. Sin embargo, en el centro, entre los servidores de lo <<evidente>> y los

15 En este sentido, Mauricio Beuchot tendrá el cuidado de apelar a la necesidad de llevar a cabo investigaciones en sintonía con otras disciplinas, por ejemplo, en lo que compete al tema de la tradición “Es tanta la importancia de este tema, que hay que tratar de que la discusión sobre él se lleve a cabo seriamente, estudiando esa compleja noción de tradición no sólo desde la filosofía, sino también desde la antropología, la sociología, y otras ciencias de la cultura, para tener una idea lo más completa posible de la misma, esto es, para que sea bien aprovechada en la educación. Hay que hacer un llamado a la seriedad, por el recurso a la ciencia desde el seno de la filosofía, lo cual la beneficiaría enormemente. Y es que también viene a ser necesario conectar los temas de la hermenéutica con muchos de la filosofía de la ciencia, o epistemología, para que puedan resultar fructíferos en su aplicación a la educación. Beuchot, M., *Hermenéutica analógica y educación*, Universidad Iberoamericana, México, p. 15.

solitarios, están los *combatientes*, es decir, quienes están henchidos de esperanza [Nietzsche, 2010: 23].

Es cierto, Nietzsche en ese texto afirma que no ofrecerá un proyecto con el que se pueda promover el mejoramiento de los programas en los institutos o Universidades, pero ya es mucho lo que se le debe al haber tenido el coraje de realizar un diagnóstico, para con ello poder dar inicio a la noble tarea de la reconstitución. *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, es un texto que mantiene una gran vigencia, pues los rasgos inquietantes que señala Nietzsche de las escuelas en su época, permanecen exacerbados en la nuestra.

Nietzsche señala como uno de los síntomas más inquietantes de la modernidad “la prisa vertiginosa de la rimbombante época” como enemiga de la reflexión. Así, su conferencia se dirige a hombres que “todavía tienen tiempo” para reflexionar en el porvenir de la cultura y que no impongan su propia persona y cultura como medida de todas las cosas, pues más bien se requiere tomar distancia tanto del yo y del cercano contexto, al grado de poder despreciar lo inmediato, lo próximo. Sin duda, encontramos aquí una razón más para constatar porqué Nietzsche representa la punta de lanza de la hermenéutica filosófica, considerando la sutileza, la prudencia y lo que posteriormente Heidegger llamará “el círculo hermenéutico” como elementos inherentes de toda interpretación.

Nietzsche busca, con el libro mencionado, a los que experimentan la desolación por la barbarie alemana, exhorta a que salgan del aislamiento y que lean lo que ha escrito como diagnóstico de los síntomas de la modernidad, para luego, tras la propia reflexión y acción, tomar distancia de él mismo:

¡Leed al menos este libro, para destruirlo a continuación con vuestra acción y hacerlo olvidar! Pensad que este libro está destinado a ser vuestro heraldo: si vosotros mismos, provistos de vuestras armas, os presentáis en el ruedo, ¿quién va a desear aún mirar hacia atrás, hacia el heraldo que os ha llamado? [Nietzsche, 2010: 30].

Importante resulta detenernos en este punto, donde el joven Nietzsche tiene muy claro que la función del educador es proveer a los educandos de las herramientas para autoforjarse. Escuchar, reflexionar, dialogar, crear y transformar: elementos medulares de la *Bildung*. Basta recordar los pasajes del Zarathustra, donde el profeta exhorta siempre a la superación del maestro y de uno mismo. Ello ofrece la imagen de un extenuante y permanente trabajo. Así lo requiere el cultivarse. Sin duda un proceso complejo y arduo. No se obedece al maestro, se le escucha y luego se toma distancia de él. Todo lo contrario a la domesticación y al adoctrinamiento.

La anterior reflexión puede vincularse con el análisis que Mauricio Beuchot realiza en torno a la aplicación del círculo

hermenéutico y la educación. En dicha relación se lleva a cabo una fusión entre lo general y lo particular, o dicho con otros términos, entre la tradición y la individual comprensión de aquélla. Este círculo que -como ya había sido estudiado por Heidegger, no debe ser visto como un error para la gestación del conocimiento, sino como elemento esencial para que éste pueda darse -es donde tendría que expresarse esta sana relación entre el que enseña y el que construye de manera individual el conocimiento, es decir, el educando. El comprender, entonces, sería la expresión misma de la unión entre el todo y la parte, donde se pretende evitar la hegemonía de alguno de los componentes:

En el caso de la enseñanza-aprendizaje, se trata de aplicar contextualmente los conocimientos generales que se transmiten a un alumno o alumnos en una situación concreta y particular. La circularidad consiste en que se presupone de alguna manera lo que se va a interpretar, ya está ahí explícito. Pero esto no constituye objeción, como lo hace ver Gadamer, porque siempre hay un cambio, por ligero que sea, en lo que se interpreta [...] la educación es la transmisión de la tradición por parte de los maestros y su asimilación por parte de los alumnos, y eso los capacita para moverse en ese ámbito vital que es la tradición misma, e incluso los capacita para innovar y para crear [Beuchot, 2007: 12,14].

Sin embargo, pese a todo el marco teórico que se ha creado en torno a modelos educativos, pareciera que una vez más nos encontramos ante la dicotomía entre teoría y práctica. Y a ello podríamos sumar una tensión más, aquélla que apunta a la del discurso “normal” y el “anormal”. Permanentemente el discurso educativo se ve ataviado de términos como innovación, creatividad, autonomía, etc. no encontrando congruencia en la práctica educativa en la que, tal como señala Rorty [2010: 328, 329], en directa referencia a Kuhn, se tiende a ser receloso respecto a todo marco teórico que cuestione lo que una comunidad, en este caso científica, ha venido legitimando como “lo normal”. De suerte que el nuevo discurso fluctúa en la periferia o marginalidad, esperando ser aceptado; aun cuando la misma historia da cuenta de que algunos discursos no logran salir de la marginalidad. Así pues, la rispidez y no la sana sospecha es, lo que al parecer, ha marcado la continuidad de prácticas que se resisten a llevar a cabo la “ejecución” (aplicación), término tan representativo de la hermenéutica, del círculo de comprensión.

La atmósfera que se respira en nuestras instituciones educativas es un tema apremiante para reflexionar. La paradoja, sin dudas, es un rasgo característico de la posmodernidad. Ella permea todos los ámbitos de nuestra acción o inacción. Ante ello parece no haber equilibrio entre polaridades, pues simplemente no hemos encontrado modelos que puedan adecuarse a nuestros deseos o

necesidades. En el entorno educativo es común observar, como bien lo señala Lipovetsky [2000], un modelo educativo autoritario y, en contraposición, otro totalmente permisivo. El primero, se erige sobre principios que se consideran inexpugnables, de los que se deriva la nula flexibilidad y la total ortodoxia. El segundo, deviene del hartazgo experimentado por generaciones enteras respecto al rigor del modelo autoritario, de tal manera que se opta por, paradójicamente, otro absoluto, el de la laxitud. Ante ello, se ve la necesidad de mediar entre estos extremos, pues en ambos casos se coarta la formación del ser humano. El asfixiante rigor de un modelo autoritario deja al individuo en el total sometimiento a inexpugnables principios o normas que bajo ningún motivo pueden ser puestos en cuestión. Este tipo de modelo formalista y universalista, precisamente obvia elementos de peso en toda acción humana como son la circunstancia y la temporalidad. Lo universal es ajeno a lo concreto, a lo mutable y, por lo mismo, a los cambios culturales. Frente a ello, vemos que dichos principios no muestran correspondencia con las necesidades de los seres humanos, mismas que se van modificando justo con los mencionados cambios sociales y culturales. La injerencia de la hermenéutica analógica es mucho lo que puede aportar para disolver, de manera momentánea, la permanente tensión y con ello crear modelos de comprensión diferentes.

En *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, Nietzsche muestra lo que para él representan las dos tendencias que llevan, de manera inminente, al declive de la cultura y de la educación. Ambas tendencias parecen estar contrapuestas, sin embargo, guardan mucho en común, tanto en los medios como en los fines, mismos que aniquilan toda nobleza y grandeza como rasgos propios de la alta cultura.

Retomando las dos tendencias a las que alude Nietzsche como responsables de la erosión de la cultura y la educación, en primer lugar menciona la que consiste en *extender* la cultura y en segundo lugar la que tiende a restringirla. De nuevo, ambas parecen antitéticas, mas están concatenadas. Ampliar y difundir la cultura en una máxima dimensión lo atribuye Nietzsche a un factor estrictamente económico y político. Como podremos ver, aquí el peso de la utilidad es lo que determina el afán de ampliar la cultura; tornándose ésta un producto más en el mercado de consumo. Se debe “formar” de manera masiva al sujeto para que, “en poco tiempo”, pueda incrementar la producción y, por supuesto, la ganancia. Incubar cerebros o inteligencias aptos para expandir, insisto, la ganancia.

Es importante detenernos aquí y analizar lo que implica esta “inversión a corto plazo”. En esta “cultura general”, o común, que se presenta como antítesis de la cultura auténtica, se desconfa del solitario rumiador, pues éste osa tomarse mucho tiempo en su propia edificación, es decir, la utilidad se ve mermada al no ser aprovechado

el tiempo presente para la producción y sobreproducción. En la cultura del instante, propia de ese tiempo actual que tanto criticaba Nietzsche, no se tiene como finalidad el conocimiento de sí mismo. Cada instante empleado en la reflexión y en la introspección es desgaste sin sentido. La extensión de la cultura se aboca entonces al diseño del *Homo faber*, quien en la fabricación de objetos y la adquisición de los mismos se olvida de su propio ser. En contraposición, tal como hace ver Bataille: “sólo el *Homo sapiens* es nuestro semejante [...] más allá del cuidado de la inmediata utilidad, por la facultad de crear, lejos de útiles, obras en las que la sensibilidad aflora” [Onfray, 2005: 94]. Y aquí se torna preeminente hacer hincapié en la sensibilidad aludida, pues ello viene a poner de manifiesto otra de las grandes dicotomías que se podrían minimizar con la injerencia de la analogía. Me refiero a la razón instrumental y la razón práctica. La primera capacita para la explicación, mas no así para la comprensión, ya que ésta tiene que ver precisamente con la cultura como expresión máxima del devenir histórico y espiritual. La explicación, habita en el análisis sincrónico, mientras que la comprensión se manifiesta en lo diacrónico, en la propia historicidad del intérprete, quien lejos de pretender escapar a su situación histórica se sabe inmerso y heredero en ella.

Evidentemente, en la descripción que Nietzsche lleva a cabo sobre la cultura del presente, propia de la modernidad, se puede ver el énfasis hacia lo mecánico-instrumental, todo aquello que funciona al margen de los histórico-espiritual. Ante un contexto tal, Nietzsche denuncia que la moral misma se constituye como reflejo fiel de aquello:

Todo el mundo deberá estar en condiciones de valorarse con precisión a sí mismo, deberá saber cuánto debe pretender de la vida. La “alianza” entre inteligencia y posesión, apoyadas en esas ideas, se presenta incluso como una exigencia moral. Según esta perspectiva, está mal vista una cultura que produzca solitarios, que coloque sus fines más allá del dinero y de la ganancia, que consuma mucho tiempo. A las tendencias culturales de esa naturaleza se las suele descartar y clasificar como “egoísmo selecto”, “epicureísmo inmoral de la cultura [Nietzsche, 2010: 53,54].

Con ello, se pone de manifiesto la manera en la que se constriñe al espíritu, dado que se reduce a un medio, claro está, útil. La mercantilización del espíritu es un drama que se experimenta ya desde el capitalismo que denunciaba Marx, evidentemente exacerbado hasta los sistemas políticos y económicos neoliberales en nuestros días, donde los protagonistas son la eficacia, la eficiencia y la competitividad. Ante ello, se puede entender que el retorno a una concepción del ocio adoptada por los antiguos griegos sea del todo improcedente en la actualidad, en la que se exalta precisamente lo contrario, el negocio como la negación a ultranza del tiempo y el

espacio dedicados para la reflexión. Así pues, la cultura de lo general sería una cultura próspera en instrumentos, mas indigente en el orden axiológico.

El segundo enfoque analizado por Nietzsche, es el que proclama el grito de la reducción de la cultura. En éste entorno, la primacía la tiene la ciencia y la especialización de los profesionistas. Aquí, de igual manera, se traduce el alejamiento de la auténtica cultura como una virtud, pues se exalta el perfeccionamiento de lo parcial, o la “fidelidad en los detalles” que otorga la especialización, aunque se esté fuera de la genuina cultura. Esta situación lleva a Nietzsche a señalar que: “De este modo, aunque éste sea en su especialidad superior al *vulgus*, en todo el resto, o sea, en todos los problemas esenciales, no se separará de él” [Nietzsche, 2010: 56].

Para Nietzsche, el sometimiento del ser humano en aras de la ciencia, reduce la cultura. Y este fenómeno se vincula con otra denuncia del filósofo de Röcken, al aseverar que hay un “viscoso tejido conjuntivo” que se ha erigido como el portador de las cuestiones serias de la época: al periodismo;¹⁶ ámbito donde por cierto, se hacen presentes las dos tendencias antes aludidas. Incluso, el periodismo se ha instaurado como el rostro legítimo de la cultura. Para Nietzsche, el periodista, en contraposición con el genio que tiene como misión liberar del presente, fija al ser humano en el instante, olvidando así la grandeza del pasado¹⁷. Y qué decir respecto a este punto, cuando en nuestra propia actualidad, los *mass media* se han erigido como “el cuarto poder”. Este poder a veces solapado pero que, al parecer, construye o destruye a los otros poderes.

¹⁶ Cfr. Nietzsche, *El porvenir de nuestras escuelas*, p. 57. Si bien Nietzsche suele mostrar giros en su pensamiento ello no sucede con su percepción acerca del periodismo y la lectura del periódico. Ello será una contante siempre adversa en sus disertaciones. Ejemplo de esto lo podemos encontrar en su obra *Así habló Zaratustra* cuando asevera: “¿No ves pender las almas como pingajos desmadejados y sucios? – ¡Y hacen hasta periódicos de esos pingajos! ¿No oyes cómo aquí el espíritu se ha transformado en un juego de palabras? ¡Una repugnante enjuagadura de palabras vomita el espíritu! – ¡Y hacen hasta periódicos con esa enjuagadura de palabras!”. Nietzsche, F., *op. cit.*, p. 253.

¹⁷ Uno de los distintivos de la modernidad es el rechazo hacia el pasado. Como sabemos, la diacronía se concibe como un distractor que desorienta el ímpetu del progreso. Así pues, todo indicio de historicidad y de prejuicio debe ser erradicado, aspirando a la neutralidad del investigador. Si bien es mucho lo que se debe a Dilthey, no podemos dejar de mencionar que él mismo quedó atrapado en el cientificismo que permeaba la época. En contraste, la persistente resistencia de Nietzsche ante la irreverencia hacia el pasado se torna una constante en su obra, por ejemplo en *Más allá del bien y del mal* cuando afirma: “El profundo respeto por la vejez y la tradición [...], la fe y el prejuicio favorables para con los antepasados y desfavorables para con los venideros son típicos en la moral de los poderosos; y cuando, a la inversa, los hombres de las <<ideas modernas>> creen de modo casi instintivo en el <<progreso>> y en <<el futuro>> y tienen cada vez menos respeto a la vejez, esto delata ya suficientemente la procedencia no aristocrática de esas <<ideas>>”. Nietzsche, F., *Más allá del bien y del mal*, Alianza, Madrid, p. 238.

En nuestros días, experimentamos eso que Lipovetsky llama “la desinversión en las instituciones”. Estas últimas, están sometidas a la indiferencia más radical, sin que por ello dejen de funcionar, aunque sea por mera inercia [Lipovetsky, 2000: 36]. Así pues, en este contexto, la política y el político, no son excepción. Ambos son meros espectáculos dentro del vasto menú de opciones en las que se encuentra inmerso el individuo posmoderno [Lipovetsky, 2000: 36]. Lipovetsky analiza otra paradoja como retrato hodierno; justo la que tiene que ver con la institución educativa, donde los jóvenes vegetan sin importar las recurrentes exigencias por parte del sistema educativo, el cual busca con desesperación innovar para atraer la atención y la acción ante la dispersión e indiferencia de los estudiantes¹⁸. Aquí, por supuesto, es importante señalar que los síntomas de la modernidad y los de la posmodernidad o hipermodernidad, son muy diferentes pues, como señala Lipovetsky, mientras que en la modernidad, ante el nihilismo experimentado el sujeto vivía en un estado de desolación y pesadumbre, en la posmodernidad, el sin sentido no se vivencia de manera dramática, sino en la más absoluta indiferencia [*Ibíd*: 34-35].

El diagnóstico que realiza Nietzsche en cuanto al estado en el que se encontraba la cultura y el sistema educativo en su época, considero que propicia la reflexión en nuestros días para emprender la formación (*Bildung*):

[...] hombre honrado que tenga esas ideas buenas y nuevas, y que para realizarlas se atreva a romper con la situación actual. Éste, finalmente, remitiéndose a un ejemplo grandioso, mostrará el modo de hacer lo que esas manos rudas [...] no están en condiciones de imitar: en ese caso, se empezará a distinguir por doquier, y entonces se advertirá al menos el contraste y se podrá reflexionar sobre las causas de ese contraste [...] [Nietzsche, 2010: 61-62].

La añoranza acompaña a Nietzsche como crítico de la cultura. Está consciente de que la tarea del pedagogo *requiere manos rudas* [*Ibíd*: 62], pues tiene que vencer la lucha contra los dos extremos anteriormente expuestos, que dan muerte a la cultura. Es por ello que vemos la cercanía con la hermenéutica analógica, ya que ésta lucha contra las dicotomías reticentes a construir puentes por donde transiten diversos pensamientos que coadyuven en la producción de ideas vinculantes e incluyentes, que den pie a la transdisciplinariedad y, más aún, a la transversalidad, pues ella, ya de por sí, es transversal:

Dado que en la analogía predomina la diferencia sobre la identidad, porque en la semejanza hay más de diferencia que identidad, un pluralismo cultural analógico tratará de respetar lo más posible las diferencias, buscará fomentarlas lo más que se pueda, pero sin perder nunca la posibilidad de algo en común, de alguna manera de

universalizar. Es pluritópica, pero también diatópica. [Beuchot, 2010: 24].

Existe otro aspecto de la analogía que es de gran ayuda en el campo de la educación: la iconicidad. La fuerza de la imagen impacta el abismal mundo del inconsciente; así como a la narratividad, la cual comprende no sólo lo intelectual sino también lo volitivo-pulsional. Con ello, una vez más se puede ver cómo la hermenéutica analógica procura disolver la visión binaria para que, como el mismo Beuchot afirma, los extremos se toquen.

La propuesta de Beuchot reúne elementos que revisten a la filosofía de un nuevo rostro, tratando de resistir a los dogmatismos y las arrogancias que tanto daño hacen a la disciplina. Lo anterior se puede evitar en lo posible a través de dos elementos medulares de dicha propuesta. En primer lugar, a través de la heurística, como el arte de la perenne búsqueda y en segundo lugar mediante la abducción, como matriz de las infinitas inferencias o hipótesis provisionales; ello deja ver que las diversas opiniones son valiosas, con lo cual pone de manifiesto el trasfondo ético de la hermenéutica analógica, pues todo discurso se construye en el seno de la nostredad.

Otro aspecto que hace de la hermenéutica analógica una propuesta innovadora y viable, es que permite a la filosofía mostrar su serio compromiso social, el cual no sólo queda impreso en la sonoridad del discurso o en el nivel locutivo del lenguaje. Por ello, Beuchot señala sus investigaciones en torno a la educación y al multiculturalismo desde la hermenéutica analógica: “[...] muestra que puede ser aplicada a los problemas concretos y acuciantes, y que no siempre se queda enredada en las abstracciones vacías [ibíd: 27].

Justamente este compromiso de la hermenéutica analógica me permite relacionarla con la tesis sostenida por Derrida en su texto titulado *Universidad sin condición*, en la que expone el compromiso inherente a todo proferir o profesar. Al llevar a cabo ese acto performativo, se dice y se hace eso que ha sido enunciado o declarado: “*Philosophiam profiteri* es profesar la filosofía: no simplemente ser filósofo, practicar o enseñar la filosofía de forma pertinente, sino comprometerse, mediante una promesa pública, a consagrarse públicamente, a entregarse a la filosofía, a dar testimonio, incluso a pelearse por ella” [Derrida, 2010: 33].

Así pues, la hermenéutica analógica hace un llamado a la necesidad y congruencia entre el decir y el hacer, vital para la construcción, renovación y transformación de uno mismo y del tejido social, por lo cual se esfuerza en crear vías que van de manera transitiva de lo privado a lo público. Y en todo ello la educación o formación representa un papel central.

Ya para finalizar, soy consciente de que este texto aborda sólo la superficie de un serio problema como lo es el de la educación,

pero desde ahora puedo articular una hipótesis que orienta y da consuelo a mi actual preocupación por el tema expuesto: la culturización o *Bildung*, requiere ser abordada no desde el contexto de lo apocalíptico o de lo integrado, sino desde lo analógico. Quizá así podríamos construir esa Universidad sin condición, resistente a todo poder que aspire a limitar su autonomía.

Referencias bibliográficas

- Beuchot, M., (2010) *Hermenéutica analógica y educación*, México, Universidad Iberoamericana.
- Eco, U., *Apocalípticos e integrados*, Buenos Aires, De bolsillo, 2012.
- Derrida, J., (2010) *Universidad sin condición*, Madrid, Trotta.
- Lipovetsky, G., *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- Onfray, M., *Antimanual de filosofía*, Madrid, Edaf, 2005.
- Nietzsche, F., *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, México, Tusquets, 2010.
- Nubiola, J. y Conesa, F., (2002) *Filosofía del lenguaje*, Barcelona, Herder.
- Rorty, R., *La filosofía como espejo de la realidad*, Madrid, Cátedra, 2010.

